

Á la entrada de un puerto,  
 saliendo de un arenal,  
 vido en esto estar un moro  
 que velaba en un adarve:  
 hablóle en algarabía,  
 como aquel que bien la sabe:  
 —Por Dios te ruego, el moro,  
 me digas una verdad:  
 caballero de armas blancas  
 si lo viste acá pasar,  
 y si tú lo tienes preso,  
 á oro lo pesarán,  
 y si tú lo tienes muerto,  
 désmelo para enterrar,  
 pues que el cuerpo sin el alma  
 solo un dinero no vale.  
 —Ese caballero, amigo,  
 dime tú qué señas trae.  
 —Blancas armas son las tuyas,  
 y el caballo es alazán,  
 en el carrillo derecho  
 él tenía una señal,  
 que siendo niño pequeño  
 se la hizo un gavilán.  
 —Este caballero, amigo,  
 muerto está en aquel pradal;  
 las piernas tiene en el agua,  
 y el cuerpo en el arenal:  
 siete lanzadas tenía  
 desde el hombro al calcañal,  
 y otras tantas su caballo  
 desde la cincha al pretal.  
 No le des culpa al caballo,  
 que no se la puedes dar;  
 siete veces lo sacó  
 sin herida y sin señal,

y otras tantas lo volvió  
 con gana de pelear.

## XXII

## Doña Alda llora la muerte de Roldán

(Anónimo)

En París está doña Alda,  
 la esposa de don Roldán,  
 trescientas damas con ella  
 para la acompañar:  
 todas visten un vestido,  
 todas calzan un calzar,  
 todas comen á una mesa,  
 todas comían de un pan,  
 si no era sola doña Alda,  
 que era la mayoral.  
 Las ciento hilaban oro,  
 las ciento tejen cendal,  
 las ciento instrumentos tañen  
 para doña Alda holgar.  
 Al són de los instrumentos  
 doña Alda adormido se ha:  
 ensoñado había un sueño,  
 un sueño de gran pesar.  
 Recordó despavorida  
 y con un pavor muy grande,  
 los gritos daba tan grandes,  
 que se oían en la ciudad.  
 Allí hablaron sus doncellas,  
 bien oiréis lo que dirán:  
 —¿Qué es aquesto, mi señora?  
 ¿Quién es el que os hizo mal?  
 —Un sueño soñé, doncellas,

que me ha dado gran pesar;  
 que me vea en un monte  
 en un desierto lugar:  
 bajo los montes muy altos  
 un azor vide volar,  
 tras dél viene una aguililla  
 que lo afincaba muy mal.  
 El azor con grande cuita  
 metióse so mi brial;  
 el aguililla con grande ira  
 de allí lo iba á sacar;  
 con las uñas lo despluma  
 con el pico lo deshace.—  
 Allí habló su camarera,  
 bien oiréis lo que dirá:  
 —Aquese sueño, señora,  
 bien os lo entiendo soltar:  
 el azor es vuestro esposo,  
 que viene de allende el mar;  
 el águila sedes vos,  
 con la cual ha de casar,  
 y aquel monte es la iglesia  
 donde os han de velar.  
 —Si así es, mi camarera,  
 bien te lo entiendo pagar.—  
 Otro día de mañana  
 cartas de fuera le traen;  
 tintas venian de dentro,  
 de fuera escritas con sangre,  
 que su Roldán era muerto  
 en la caza de Roncesvalles.

## XXIII

## El almirante Guarinos

(Anónimo)

¡Mala la visteis, franceses,  
 la caza de Roncesvalles!  
 Don Carlos perdió la honra,  
 murieron los doce Pares,  
 cativaron á Guarinos  
 almirante de las mares:  
 los siete reyes de moros  
 fueron en su cativare.  
 Siete veces echan suertes  
 cual d'ellos lo ha de llevar;  
 todas siete le cupieron  
 á Marlotes el infante.  
 Más lo preciara Marlotes  
 que Arabia con su ciudade.  
 Dícele d'esta manera,  
 y empezóle de hablare:  
 —Por Alá te ruego, Guarinos,  
 moro te quieras tornar;  
 de los bienes d'este mundo  
 yo te quiero dar asaz.  
 De dos hijas que yo tengo  
 yo te las quería dare,  
 la una para el vestir,  
 para vestir y calzare  
 la otra para tu mujer,  
 tu mujer la naturale.  
 Darte he en arras y dote  
 Arabia con su ciudade;  
 si más quisieres, Guarinos,  
 mucho más te quiero dare.—

Allí fablara Guarinos,  
 bien oiréis lo que dirá:  
 —¡No lo mande Dios del cielo  
 ni Santa María su madre,  
 que deje la fe de Cristo  
 por la de Mahoma tomar,  
 que esposica tengo en Francia,  
 con ella entiendo casar!—  
 Marlotes con gran enojo  
 en cárceles lo manda echar  
 con esposas á las manos  
 porque pierda el pelear;  
 el agua hasta la cinta  
 porque pierda el cabalgar;  
 siete quintales de fierro  
 desde el hombro al calcañar.  
 En tres fiestas que hay en el año  
 le mandaba justiciar;  
 la una Pascua de Mayo,  
 la otra por Navidad,  
 la otra Pascua de Flores,  
 esta fiesta general.  
 Vanse días, vienen días,  
 venido era el de Sant Juan,  
 donde cristianos y moros  
 hacen gran solemnidad.  
 Los cristianos echan juncia,  
 y los moros arrayán;  
 los judíos echan neas  
 por la fiesta más honrar.  
 Marlotes con alegría  
 un tablado mandó armar,  
 ni más chico ni más grande,  
 que al cielo quiere llegar.  
 Los moros con alegría  
 empiezan de le tirar:

tira el uno, tira el otro,  
 no llegan á la mitad.  
 Marlotes con enconia  
 un pregón mandara dar,  
 que los chicos no mamasen,  
 ni los grandes coman pan,  
 hasta que aquel tablado  
 en tierra haya de estar.  
 Oyó el estruendo Guarinos  
 en las cárceles do está:  
 —¡Oh válasme Dios del cielo  
 y Santa María su Madre!  
 Ó casan hija del rey,  
 ó la quieren desposar,  
 ó era venido el día  
 que me quieren justiciar.—  
 Oídolo ha el carcelero  
 que cerca se fué á hallar:  
 —No casan hija de rey,  
 ni la quieren desposar,  
 ni es venida la Pascua  
 que te suelen azotar;  
 mas era venido un día,  
 el cual llaman de Sant Juan,  
 cuando los que están contentos  
 con placer comen su pan.  
 Marlotes de gran placer  
 un tablado mandó armar;  
 el altura que tenía  
 al cielo quiere llegar.  
 Hanle tirado los moros,  
 no le pueden derribar;  
 Marlotes de enojado  
 un pregón mandara dar,  
 que ninguno no comiese  
 hasta habello derribar.—

Allí respondió Guarinos,  
 bien oiréis qué fué á hablar:  
 —Si vos me dáis mi caballo,  
 en que solía cabalgar,  
 y me diédes mis armas,  
 las que yo solía armar,  
 y me diédes mi lanza,  
 la que solía llevar,  
 aquellos tablados altos  
 yo los entiendo derribar,  
 y si no los derribase  
 que me mandasen matar.—  
 El carcelero qu'esto oyera  
 comenzóle de hablar:  
 —¡ Siete años había, siete  
 que estás en este lugar,  
 que no siento hombre del mundo  
 que un año pudiese estar,  
 y aun dices que tienes fuerzas  
 para el tablado derribar!  
 Mas espera tú, Guarinos,  
 que yo lo iré á contar  
 á Marlotes el infante  
 por ver lo que me dirá.—  
 Ya se parte el carcelero,  
 ya se parte, ya se va;  
 siendo cerca del tablado  
 á Marlotes hablado ha:  
 —Una nueva vos traía,  
 queráismela escuchar:  
 sabed que aquel prisionero  
 aquesto dicho me ha:  
 que si le diesen su caballo,  
 el que solía cabalgar,  
 y le diesen las sus armas,  
 que él se solía armar,

que aquestos tablados altos  
 él los entiende derribar.—  
 Marlotes de qu'esto oyera  
 de allí lo mandó sacar;  
 por mirar si en caballo  
 el podría cabalgar,  
 mandó buscar su caballo,  
 y mandáraselo dar,  
 que siete años son pasados  
 que andaba llevando cal.  
 Armáronlo de sus armas,  
 que bien mohosas están.  
 Marlotes desde que lo vido,  
 con reir y con burlar  
 dice que vaya al tablado  
 y lo quiera derribar.  
 Guarinos con grande furia  
 un encuentro le fué á dar,  
 que más de la mitad dél  
 en el suelo lo fué á echar.  
 Los moros de qu'esto vieron  
 todos le quieren matar;  
 Guarinos como esforzado  
 comenzó de pelear  
 con los moros, que eran tantos,  
 que el sol querían quitar.  
 Peleara de tal suerte  
 que él se hubo de soltar,  
 y se fuera á la su tierra  
 á Francia la natural:  
 grandes honras le hicieron  
 cuando le vieron llegar.

## XXIV

## + Angélica y Medoro

(De D. Luis de Góngora)

En un pastoral albergue,  
 que la guerra entre unos robles  
 lo dejó por escondido,  
 ó lo perdonó por pobre;  
 do la paz viste pellico  
 y conduce entre pastores,  
 ovejas del monte al llano  
 y cabras del llano al monte;  
 mal herido, y bien curado  
 se alberga un dichoso joven,  
 que sin clavarle Amor flechas  
 le coronó de favores.  
 Las venas con poca sangre,  
 los ojos con mucha noche  
 le halló en el campo aquella  
 vida y muerte de los hombres.  
 Del palafrén se derriba,  
 no porque al moro conoce,  
 sino por ver que la yerba,  
 tanta sangre paga en flores.  
 Limpiale el rostro, y la mano  
 siente al Amor que se esconde  
 tras las rosas, que la muerte  
 va violando sus colores.  
 Escondióse tras las rosas,  
 porque labren sus arpones  
 el diamante de Catay  
 con aquella sangre noble.  
 Ya le regala los ojos,

ya le entra, sin ver por dónde,  
 una piedad mal nacida  
 entre dulces escorpiones.  
 Ya es herido el pedernal,  
 ya despide al primer golpe  
 centellas de una piedad  
 hija de padres traidores.  
 Yerba le aplica á las llagas,  
 que si no sanan entonces,  
 en virtud de tales manos  
 lisonjean los dolores.  
 Amor le ofrece su venda,  
 mas ella sus velos rompe  
 para ligar sus heridas,  
 ¡los rayos del sol perdonen!  
 Los últimos ñudos daba,  
 cuando el cielo la socorre  
 de un villano, en una yegua  
 que iba penetrando el bosque.  
 Enfréñanle de la bella  
 las tristes piadosas voces,  
 que los firmes troncos mueven  
 y las sordas piedras oyen;  
 y la que mejor se halla  
 en las selvas, que en la corte,  
 simple bondad, al pío ruego  
 cortésmente corresponde.  
 Humilde se apea el villano,  
 y sobre la yegua pone  
 un cuerpo casi sin alma;  
 pero con dos corazones.  
 Á su cabaña los guía,  
 que el sol deja el horizonte,  
 y el humo de su cabaña  
 les va sirviendo de norte.  
 Llegaron temprano á ella,

do una labradora acoge  
 un mal vivo con dos almas,  
 una ciega con dos soles.  
 Blando heno en vez de pluma  
 para lecho les compone,  
 que será tálamo luégo  
 do el garzón sus dichas logre.  
 Las manos pues cuyos dedos  
 d'esta vida fueron dioses  
 restituyen á Medoro  
 salud nueva, fuerzas dobles,  
 y le entregan, cuando menos,  
 su beldad y un reino en dote,  
 segunda envidia de Marte,  
 primera dicha de Adonis.  
 Corona un lascivo enjambre  
 de cupidillos menores  
 la choza, bien como abejas  
 hueco tronco de alcornoque.  
 ¡Qué de ñudos le está dando  
 á un áspid la vida torpe,  
 contando de las palomas  
 los arrullos gemidores!  
 ¡Qué bien la destierra Amor  
 haciendo la cuerda azote,  
 porque el caso no se infame  
 y el lugar no se inficione.  
 Todo es gala el Africano,  
 su vestido espira olores,  
 el lunado arco suspende,  
 y el corvo alfanje depone:  
 tórtolas enamoradas  
 son sus roncós atambores  
 y los volantes de Venus  
 sus bien seguidos pendones.  
 Desnuda el pecho anda ella,

vuela el cabello sin orden,  
 si lo abrocha es con claveles,  
 con jazmines si lo coge.  
 El pié calza en lazos de oro  
 porque la nieve se goce,  
 y no se vaya por piés  
 la hermosura del orbe.  
 Todo sirve á los amantes;  
 plumas les baten veloces  
 airecillos lisonjeros,  
 si no son murmuradores.  
 Los campos les dan alfombras,  
 los árboles pabellones,  
 la apacible fuente sueño,  
 música los ruseñores:  
 los troncos les dan cortezas  
 en que se guarden sus nombres,  
 mejor que en tablas de mármol,  
 ó que en láminas de bronce.  
 No hay verde fresno sin letra  
 ni blanco chopo sin mote;  
 si un valle Angélica suena,  
 otro Angélica responde.  
 Cuevas do el silencio apenas  
 deja que las sombras moren,  
 profanan con sus abrazos  
 á pesar de sus horrores.  
 ¡Choza pues, tálamo y lecho  
 contestes d'estos amores,  
 el cielo os guarde si puede  
 de las locuras del conde!